

la Orden de santo Domingo, en la cual muere á los veinte y ocho años, la nieta de su hermana (llamada como ella Isabel <sup>1</sup> y mas tarde reina de Portugal) abraza, á imitacion suya, la Tercera Orden de san Francisco, donde igualmente que ella merece las palmas eternas.

Al par de estas Franciscanas de régia estirpe, hay que hacer mencion de otras que la gracia de Dios sacaba de las últimas clases del pueblo; como santa Margarita de Cortona <sup>2</sup>, que de cortesana pasó á ser modelo de penitencia; y sobre todo como santa Rosa de Viterbo <sup>3</sup>, ilustre y poética heroína de la fe, pues teniendo apenas diez años de edad, á la sazón que al Papa fugitivo no le quedaba un solo rincon de tierra en Italia, se presentó en la plaza pública de su ciudad natal á perorar en defensa de los derechos de la Santa Sede contra la autoridad imperial; el triunfo que contra esta consigue con su elocuencia le vale el destierro, cuando era aun niña de quince años, por orden de Federico II; vuelve

<sup>1</sup> Nació en 1271; fue canonizada por Urbano VIII.

<sup>2</sup> Nació en 1214.

<sup>3</sup> Nació en 1235, y murió en 1252.

luego triunfante con la Iglesia, y á los diez y siete años muere dejando admirada la Italia y un nombre que hasta hoy es sumamente popular en toda ella.

Á pesar de la diversidad de caractéres y de medios de accion de estas dos Órdenes religiosas que, removiendo el mundo, poblaban el cielo, ambas convenian en una tendencia comun; el amor y el culto á María. Desde la proclamacion de la maternidad divina en el concilio de Éfeso, la influencia de esta creencia sublime en la Virgen María ejerció sobre los corazones un imperio siempre creciente: nada hay, pues, que extrañar el que en el siglo XIII fuese tambien uno de los caractéres distintivos del inmenso movimiento de las almas. Si ya en el anterior siglo san Bernardo habia comunicado á la devocion del pueblo á la santísima Virgen el mismo entusiasmo que logró imprimir en todos los otros nobles instintos de la cristiandad, puede tambien afirmarse que las dos grandes Órdenes religiosas mendicantes elevaron este culto y devocion al apogeo de brillo y de poder de que ya no debia bajar en adelante. El Rosario creado por santo Domingo, y la predicacion del dogma de la Concepcion In-

maculada por los Franciscanos, son como dos columnas, una de práctica y otra de doctrina, levantadas en honor de la Virgen, y desde cuyo chapitel presidia la dulce majestad de la Reina de los Ángeles á la piedad y á la ciencia de los Católicos. El grande y docto teólogo san Buenaventura se hace poeta para cantar sus glorias, y escribe dos veces en honor suyo la paráfrasis del Salterio entero <sup>1</sup>. Las obras todas y las instituciones de esta época, y en particular las inspiraciones todas del arte, segun han llegado á nosotros por medio de las catedrales y los cantos de los poetas, nos indican un inmenso desarrollo de la ternura y veneracion hácia María en el corazon del pueblo cristiano <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Además de su *Speculum B. M. V.*, obra quizás la mas popular en la edad media, se cree que este Santo escribió el *Psalterium maius B. M. V.*, compuesto de ciento cincuenta salmos análogos á los de David y alusivos á la Virgen; luego el *Psalterium minus* compuesto de ciento y cincuenta estancias de cuatro versos cada una; por último el *Laus B. M. V.* y una paráfrasis de la *Salve* tambien en verso.

<sup>2</sup> En 1220 fue cuando el margrave Enrique de Moravia y su esposa Inés fundaron la primera capilla en Mariazell en Estiria, objeto hasta hoy de una peregrinacion célebre y muy popular en Ale-

En el seno mismo de la Iglesia, y fuera de las dos familias Dominicana y Franciscana, el culto de la santa Virgen engendrabá creaciones tan preciosas para la salvacion de las almas, como venerables por su duracion. Aparecen tres Órdenes nuevas que desde la cuna se consagran á la Virgen y se ponen á la sombra de su sagrado nombre. La de Carmelitas <sup>1</sup>, venida de Palestina cual postrimer vástago de aquel suelo tan fecundo en prodigios, daba con la introduccion del Escapulario una especie de estandarte nuevo á los fieles de María. Siete mercaderes de Florencia fundaban al propio tiempo <sup>2</sup> aquella Orden cuyo solo nombre indica todo el orgullo que infundia en aquellos tiempos de abnegacion caballeresca el someterse al yugo tan dulce y ligero de la Reina del cielo; hablo de la Orden de *Servitas* ó Siervos de María que pronto dió á la Iglesia un san Felipe

mania. El uso general del *Ave María* no principia sino hácia el año 1240.

<sup>1</sup> Recibió la primera regla del patriarca Alberto en 1209; fue confirmada en 1226; hizose mendicante en 1247. La Virgen dió el Escapulario á san Simon Stock, que murió hácia 1250.

<sup>2</sup> En 1239. Fue confirmada en el concilio de Lyon en 1247.

Benicio, autor de la tierna devoción de los Siete Dolores de la Virgen. Por último, este nombre querido iba unido también á otro Instituto digno de su corazón maternal, la Orden de Nuestra Señora de la Merced<sup>1</sup>, destinada á rescatar cristianos cautivos en poder de infieles: la Virgen, decían, se había aparecido en una misma noche al rey Jaime de Aragón, á san Raimundo de Peñafort y á san Pedro Nolasco invitándoles á velar por amor á ella por la suerte de sus hermanos cautivos. Obedecieron todos tres, y Pedro vino á ser el cabeza y fundador de la nueva familia que progresó rápidamente, produjo aquel san Ramon Nonato que se vendió á sí mismo para redimir un cautivo, y sufrió el tormento del candado que los infieles le pusieron en la boca para librarse del miedo que les daba su evangélica palabra. Ya á fines del precedente siglo, y bajo los auspicios de Inocencio III, había nacido, con el mismo objeto de compasión y de propaganda á la vez, otra Orden parecida, la de los Trinitarios<sup>2</sup>, cuyo origen es debido á los comunes esfuerzos de dos Santos que pertenecen á lo

<sup>1</sup> Iniciada en 1223, aprobada en 1235.

<sup>2</sup> Fundada en 1198.

menos en parte al siglo XIII, san Juan de Mata y san Félix de Valois<sup>1</sup>, especial devoto de María: por espacio de seiscientos años y hasta nuestros días estas dos Órdenes han continuado en su pacífica pero peligrosa cruzada.

Son, pues, ya cinco Órdenes nuevas, todas nacidas en los treinta primeros años del siglo XIII; pero no es esto todo. Era todavía mucho más lo que exigía aquella necesidad de reunir todas las fuerzas para el bien; necesidad fundada en la caridad de Dios y del prójimo, que todo entonces contribuía á desarrollar. Cada día se formaban en el seno de la Religión madre otras *religiones* como se las llamó en adelante: los Humillados recibieron su regla definitiva de Inocencio III; los Agustinos bajo Alejandro IV<sup>2</sup> forman la cuarta rama de la gran familia de los Mendicantes en la cual habían ya ingresado los Carmelitas junto á los Menores y Predicadores: los Celestinos fundados por Pedro de Mouron, que más tarde debía ser papa y luego canonizado bajo este mismo nombre de Celestino, fueron confirmados por Urbano IV<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> El primero murió en 1213, el segundo en 1212,

<sup>2</sup> En 1256. — <sup>3</sup> En 1263.

En otra esfera mas reducida y local san Eugenio de Estrigonia establecia los ermitaños de san Pablo en Hungría <sup>1</sup>; y tres piadosos profesores de la universidad de París se refugiaban en un valle solitario de la diócesis de Langres para fundar allí con treinta y siete de sus discípulos la nueva Orden de *Val-de-Escolares* <sup>2</sup>. Por otra parte los cristianos á quienes el deber ó la inclinacion retenia en el camino ordinario y profano, viendo tan diversas y numerosas carreras abiertas al cielo y abnegacion de las almas que querian consagrarse á Dios, y las grandes Órdenes militares á la sazón tan brillantes en Oriente y en España, no podian, segun parece, resignarse á permanecer pasivos sin tomar parte en aquella vida de oracion y sacrificios que miraban con admiracion y envidia; y por eso se organizaban de la manera posible formando congregaciones análogas. Tal es sin duda el origen de los *Fratri gaudenti* ó caballeros de la Virgen <sup>3</sup>, los cuales sin renunciar al mundo se ocupaban en honor de María en restablecer la paz y concordia en Italia;

<sup>1</sup> En 1215.

<sup>2</sup> En 1218.

<sup>3</sup> En 1233.

el de las *Beguinas* que tienen por patrona á santa Isabel y todavía son tan numerosas en Flandes; en fin, la numerosa familia de la Tercera Orden franciscana y dominicana, pues en una y otra podian ingresar todas las personas casadas ó ligadas de cualquier otro modo con el mundo, y que deseaban servir mejor á Dios; introduciéndose así la vida monástica en la familia y la sociedad.

Y como si aquella época gloriosa no se saciase con la inmensa riqueza de santidad en que abundaban las nuevas Órdenes religiosas, brotaban al mismo tiempo lumbreras de santidad así de las antiguas religiones como del episcopado y de las demás clases de los fieles. Además de los ya nombrados, san Edmundo, arzobispo de Cantorbéry, y santa Hedwigis de Polonia, que tomó el hábito de cisterciense, hallamos en esta misma Orden á san Guillermo, arzobispo de Bourges, acérrimo defensor de la libertad eclesiástica y predicador de la cruzada; san Tibaldo de Montmorency (1247); el obispo de Die, Estéban de Chatillon (1208), y el arzobispo de Bourges, F. Berruyer (1226), ambos beatificados; otro san Guillermo, abad del Paracle-

to en Dinamarca, á donde llevó este prelado la piedad y ciencia de los monjes de Santa Genoveva de París, que era su convento <sup>1</sup>; en la Orden de san Benito á san Silvestre de Osimo y san Guillermo de Monte-Virgen, autores de las reformas á que dieron sus respectivos nombres; en los Premonstratenses al beato Hermann José (1236), tan célebre por su ardiente afecto á la Madre de Dios y las extraordinarias gracias que recibió de esta Señora; en fin, entre los Agustinos á san Nicolás de Tolentino <sup>2</sup>, que despues de setenta años de ejemplar vida oia todas las noches los cantos de los Angeles en el cielo, causándole tal gozo sus melodías que no sabia cómo vencer la impaciencia que tenia de morir. Entre las mujeres santas, la beata Mafalda, hija del rey de Portugal; la beata María de Oignies (1213); y la dulce santa Humildad <sup>3</sup>, abadesa de Valumbroso, y cuya vida toda está pintada en el nombre que lleva. Entre las vírgenes, santa Verdiana, la austera reclusa de Florencia, cuya invencible caridad no excluía ni aun á

<sup>1</sup> Murió en 1209.

<sup>2</sup> Nació en 1239.

<sup>3</sup> Nació en 1210.

las mismas serpientes<sup>1</sup>; santa Zita, que vivió y murió en Luca en el humilde estado de criada, y á quien no se desdeñó de tomar por patrona esta poderosa república <sup>2</sup>; en Alemania santa Gertrudis <sup>3</sup> y su hermana santa Mecthilde, que entre las vírgenes santas, á quienes el Señor ha revelado las luces mas íntimas de su ley, ocupan en el siglo XIII el mismo lugar que en el XIV santa Catalina de Sena y santa Hildegarda en el XII.

En fin, al hablar de las maravillas del siglo de Isabel es imposible no hacer mencion de la *Imitacion de Cristo*, obra que todos los siglos han mirado como inimitable y sin par, cuyo glorioso anónimo no ha sido posible descifrar completamente <sup>4</sup>, pero

<sup>1</sup> Murió en 1222.

<sup>2</sup> Nació en 1218. *Ecce uno degl'anzian di santa Zita*, dice el Dante (*Infern. cant. 21*), para designar un magistrado de Luca.

<sup>3</sup> Nació en 1222.

<sup>4</sup> Tomás de Kempis, autor, el mas generalmente reconocido de la *Imitacion*, nació en 1380, entró canónigo regular en 1399, y se ordenó de presbítero en 1413. Son tres los personajes á quienes se atribuye el honor de ser autores de la *Imitacion*; Tomás de Kempis, Juan Gerson, canceller de París (1363 á 1429), y Juan Gersen, abad de Verceil; tambien hay manuscritos y ediciones antiguas que

cuyo presunto autor, Juan Gersen, abad de Verceil, vivia en esta época, con cuyo espíritu, sea por lo demás lo que quiera, este divino volúmen se halla perfectamente en consonancia. La *Imitacion* es la fórmula mas completa y sublime de la ardiente piedad cristiana de una época que habia producido ya el Rosario y el Escapulario en honor de María, y que se termina y cierra de una manera magnífica con la institucion de la fiesta del Corpus, la cual tuvo por primer autor á una pobre monja cisterciense

atribuyen este libro á san Bernardo. Segun se ve por el texto que motiva esta nota, Mr. Montalembert parece inclinarse á los que opinan en favor del abad de Verceil. Así como Hesper y Rosweyde son los que con mas talento han sostenido la causa de Kempis, y Gence la de Gerson, entre los de Gersen se ha distinguido el jurisconsulto piomontés Gaspar de Gregory que nació en 1769 y murió en 1846. Este escritor en su *Historia literaria* de Verceil atribuye á Gersen la *Imitacion*. Gence (1733-1840) impugnó esta opinion en una crítica muy viva á la cual replicó Gregory en 1827; y habiendo este último encontrado en 1830 en París un manuscrito de la *Imitacion* del siglo XIII, y por consiguiente anterior á Gerson, le dió á la estampa (1833 en 8.º) acompañado de todas las piezas que juzgó á propósito para corroborar su dictámen adoptado y seguido por los italianos, pero rechazado por los franceses y belgas, de los que los pri-

(santa Juliana de Lieja), por confirmacion el milagro de Bolsena <sup>1</sup>, y por cantor á santo Tomás de Aquino <sup>2</sup>.

No temo el que se me tache de difuso por detenerme en tan larga enumeracion de los Santos é instituciones religiosas de una época cuyo carácter trato de dar á conocer; pues cuantos hayan estudiado con alguna atencion la edad media, no podrán menos de conocer que estas cosas son los verdaderos ejes de la sociedad de aquel tiempo; que la fundacion de una Orden

meros están por Gerson y los segundos se atienden á Kempis, habiendo hecho unos y otros de esta cuestion literaria un punto de amor propio nacional. El profesor de la universidad de Turin, Mr. Paravia, en sus *Memorie piemontese di letteratura e di storia* (Turin, 1850), ha tratado de nuevo esta materia y defendido la opinion de Gregory, fundándola en el citado manuscrito. Lo cierto es que, como dice un escritor moderno, el autor verdadero de la *Imitacion* se ha envuelto en tan densas tinieblas, que nunca se llegará á conocerle con certeza. (*Nota del Traductor*).

<sup>1</sup> 1263. La fiesta fue instituida en 1264 por Urbano IV en memoria de este milagro.

<sup>2</sup> El fue quien redactó el oficio de la misa del Santísimo y el autor tambien del *Lauda Sion Salvatorem* y del incomparable himno *A doro te supplex*. Hay en Bolonia un cuadro que representa al Santo escribiendo el *Lauda Sion* bajo el dictado de Angeles.

nueva era entonces para todos los espíritus un acontecimiento mucho mas importante que la formacion de un reino nuevo, ó la promulgacion de una legislacion sábia; que los Santos eran entonces los verdaderos héroes del pueblo y absorbían casi por completo toda la popularidad de la época. Para comprender la presencia y la accion de un Inocencio III y de un san Luis, es necesario saber apreciar en todo su valor y significacion el papel é importancia que en la opinion pública tenían la oracion y los milagros, y estudiar y entender la carrera y la vida de san Francisco y santo Domingo.

Mas la fe y el pensamiento católico no imperaban solamente sobre el mundo político; en su unidad majestuosa abrazaban todo el espíritu humano, sirviéndose de él ó asociándole á todos sus desarrollos; y por eso mientras, léjos de servir de rémora, consagraban todos los progresos de las ciencias, imprimian su poderío y su gloria cual profundo y bien marcado sello en todas las producciones del arte y la poesía de esta época. Por otra parte un siglo tan fecundo para la fe no fue estéril para la ciencia. Nombrar, como ya lo hice mas arriba, á Rogerio Bacon y Vicente Beauvais, equi-

vale á indicar el estudio de la naturaleza purificado y ennoblecido por la Religion, y al mismo tiempo la introduccion del espíritu clasificador y generalizador en la direccion de las riquezas intelectuales del hombre. Santo Tomás y contemporáneos, nombrados al hablar de las Órdenes mendicantes, recuerdan las mas bellas glorias de la teología, que es la primera de las ciencias. El Doctor angélico y el Doctor seráfico comentaron á porfía al famoso Pedro Lombardo, el *Maestro de las sentencias*, que por tanto tiempo reinara en las escuelas; no debiendo echar en olvido á Alain de Lilla, el *Doctor universal*, que vivia todavía en los primeros años del siglo, ni á Guillermo Durand, que á fines de él dió á luz el código mas completo de liturgia en su *Rationale*. La mayor parte de estos grandes hombres abarcaban á la vez la teología, la filosofia y el derecho, perteneciendo por igual su nombre á la historia de esas tres ciencias. Raimundo Lulio<sup>1</sup>, cuya vida ejemplar le hizo honrar como á santo, pertenece mas especialmente á la filosofia. La traduccion de las obras de Aristóteles, emprendida á instancias y expensas de Federico II

<sup>1</sup> Nació en 1234, en la isla de Mallorca.

y que se hizo popular en tan corto tiempo, abrió á esta última ciencia nuevos caminos iniciados ya en la época que vamos examinando. En cuanto á la legislación, acaso no tuvo período mas bello que este. Los Papas por una parte, órganos supremos de la fe y del derecho á la vez, daban al derecho canónico todo el desenvolvimiento de que era susceptible esta magnífica garantía de la civilización cristiana, administrando justicia por sí mismos con una ejemplar asiduidad <sup>1</sup>, publicando colecciones nuevas y fundando numerosas escuelas. Por otro lado se veía nacer las legislaciones nacionales de gran parte de la Europa; los grandes *Especios* de Suabia y de Sajonia; las primeras leyes en alemán publicadas por Federico II en la dieta de Mayenza; el código dado por el mismo á la Sicilia; en Francia los Estatutos de san Luis acompañados del *Derecho consuetudinario* de Pedro des Fontaines, y de las *Costumbres de Beauvoisis* por Felipe de Beaumanoir; y por fin la ver-

<sup>1</sup> Inocencio III tres veces á la semana; Gregorio IX, Inocencio IV y Bonifacio VIII eran célebres jurisconsultos: ya hice mención de san Raimundo de Peñafort y del cardenal Enrique de Suze, mencionado por el Dante en su *Paraíso*.

sion francesa del *Assises de Jérusalem*, resumen el mas competo que nos ha quedado del derecho cristiano y caballeresco. Todos estos preciosos monumentos de la antigua organización cristiana del mundo han llegado á nosotros en las lenguas mismas de los diversos pueblos para los cuales se hicieron; y aun menos que por esto, se distinguen por su generoso y piadoso espíritu de aquel funesto derecho romano cuyos progresos iban bien pronto á alterar todos los principios de la sociedad católica. Al par de las ciencias intelectuales florecía la medicina en sus metrópolis de Montpellier y Salerno, siempre bajo el influjo y alianza de la Iglesia; y el papa Juan XXI antes de subir al solio pontifical hallaba tiempo para escribir su *Tesoro de pobres* ó *Manual del arte de curar*. La introducción del álgebra, de los números arábigos <sup>1</sup>, la invención ó al menos la admisión general de la brújula <sup>2</sup>, señalan todavía esta época como una de las mas importantes en los destinos de la humanidad.

<sup>1</sup> En Italia bajo Federico II por Leonardo Tinabonacci, y en Francia bajo san Luis.

<sup>2</sup> Véase la *Biblia Guyot* del tiempo de Felipe Augusto.

Pero donde el genio creador de este siglo se ostenta principalmente es en el arte; pues á él le cupo la gloria de producir aquel majestuoso y suave poderío del arte cristiano cuyo brillo no habia de palidecer hasta la época de los Médicis, llamada *El Renacimiento*, y que en efecto lo fue del renacimiento de la idolatría pagana en las letras y las artes <sup>1</sup>. Con el pintor Cimabue y la catedral de Colonia principia en el siglo XIII aquella prolongada série de esplendores que no se cierra hasta Rafael y la catedral de Milan. La arquitectura, como la primera de las artes en duracion, popularidad y sancion religiosa, debia ser la primera tambien en someterse á la nueva influencia desarrollada en los pueblos cristianos, y en desplegar á la vista sus grandes y elevados pensamientos; y en verdad que aquel inmenso movimiento de las almas representado por un san Francisco, un santo Domingo y un san Luis, no podia traducir-

<sup>1</sup> Sabida es la exclamacion del papa Adriano VI á su entrada en Roma despues de la muerte de Leon X, cuando vió todas aquellas estatuas antiguas poco há desenterradas: *Proh! idola Barbarorum!* Grito ciertamente arrancado tanto por un justo sentimiento del arte cristiano, como por la piadosa emocion del Jefe de la Iglesia católica.

se con expresion apropiada sino por medio de esas gigantescas catedrales que parece intentan elevar hasta el cielo en la punta de su flechas y chapiteles el homenaje universal de amor y de la fe victoriosa de los Cristianos. Las anchurosas basílicas de los siglos precedentes parecieron ya á aquellas generaciones una cosa demasiado desnuda, pesada y hueca para las nuevas emociones de su piedad y el rejuvenecido ardor de su fe. Esta ardiente llama de la fe ha menester un medio de transformarse en piedra para, de esa suerte, pasar á la posteridad á manera de legado: los pontífices y arquitectos andan en busca de alguna combinacion nueva que se preste y adapte á todas las nuevas riquezas del espíritu católico; y la encuentran por fin en esas columnas que, alzándose unas frente á otras en la basílica cristiana, suben hácia el cielo á guisa de plegarias que, encontrándose en la presencia de Dios, se inclinan y se abrazan como hermanas; este abrazo revela la ojiva. Esta novedad, que hasta el siglo XIII no llega á generalizarse, lo modifica todo; no precisamente en el íntimo y misterioso sentido de los edificios religiosos, sino en su forma exterior. En vez de extenderse sobre

la tierra cual dilatadas techumbres destinadas á cobijar á los fieles, es menester ahora que todo en el conjunto suba y se lance hácia el Altísimo. La línea horizontal desaparece poco á poco: tanto es lo que domina la idea de la elevacion, la tendencia hácia el cielo. Desde este momento no mas criptas ni iglesias subterráneas; el pensamiento cristiano, exento ya de todo temor, se producirá todo entero, en medio de la luz del dia. «Dios ya no quiere, dice el «*Tirturel*, poema el mas grande de la época y en el que se halla formulado el ideal «de la arquitectura cristiana; Dios ya no «quiere que su amado pueblo se reuna tímido y vergonzante en agujeros y cuevas<sup>1</sup>.» Este *amado pueblo*, así como quiso verter en las Cruzadas toda su sangre por Dios, así ahora quiere consagrar todas sus fatigas, su imaginacion y su poesía á la fabricacion de palacios correspondientes á la majestad y poderío de ese mismo Dios. Fe-

<sup>1</sup> Boiserée, *Ensayo sobre la descripcion del templo del Santo Grial*, en el tercer canto del *Tirturel*. Munich, 1834. Este sábio, ya ventajosamente conocido por su *Catedral de Colonia*, ha hecho un nuevo servicio al arte por medio de la publicacion que acabo de citar.

cundada así la tierra por el Catolicismo, germina por doquiera florecientes bellezas que se reproducen en cada templo por la prodigiosa vegetacion de chapiteles, campanarios y ventanales. Mil veces mas léjos de nuestro propósito nos llevaria el entrar en los pormenores de grandeza y poesía con que el mundo ha sido enriquecido y hermosado por esta transformacion del arte en el siglo XIII. Nos limitaremos, pues, á consignar, que la primera y mas acabada produccion, al menos en Alemania, de la arquitectura llamada *gótica* ú ojival, fue la iglesia construida sobre el sepulcro de *la amada santa Isabel*<sup>1</sup> con el producto de las ofrendas de los muchísimos peregrinos que venian á visitarle. Nombraremos tambien á lo menos algunas de las inmortales catedrales que á un mismo tiempo se alzaban en todos los puntos de la Europa cristiana, y que si no todas fueron entonces concluidas, fueron trazadas por la manó de hombres de genio que se desdeñaron de darnos á conocer su nombre, pues amaban mucho

<sup>1</sup> Mr. Moller, célebre arquitecto aleman de nuestros dias, ha publicado una obra especial en folio acerca de esta iglesia. (Vease el cap. XXXI de esta nuestra Historia).

á Dios y á sus hermanos para pensar en la gloria mundana. Eran estas iglesias en Alemania, despues de Marbourg, Colonia (1246 <sup>1</sup>), iglesia modelo respecto de la cual la confianza de las generaciones fieles ha sido burlada por la posteridad; pero que, así y todo con su gloria en suspenso, es un reto lanzado á la impotencia moderna; Colonia, que forma con Estrasburgo y Friburgo la magnífica trilogía gótica de las orillas del Rhin. En Francia, Chartres, dedicada en 1260 despues de siglo y medio de perseverancia; Reims (1232), la catedral de la monarquía; Auxerre (1215), Amiens (1228), Beauvais (1250), la Santa-Capilla y San Dionisio, la fachada de Nuestra Señora (1223). En Bélgica, Santa Gudula de Bruselas (1226) y la iglesia de las Dunas construida por cuatrocientos monjes en cincuenta años (1214-62). En Inglaterra, Salisbury, la mas bella de todas (1220); una mitad de la de York (1227-60), el coro de Ely (1235), la nave de Darham (1212), y la abadía nacional de Westminster (1247). En España, Búrgos y Toledo, fundadas por san Fernando (1228); y con la circunstancia

<sup>1</sup> Las fechas que van en paréntesis indican el principio de los trabajos para estas obras.

de que todas estas obras colosales, emprendidas y llevadas á cabo por una ciudad ó un cabildo, dejarían burlados los esfuerzos de los reinos mas poderosos de nuestro tiempo que á pesar de la exuberante acción fiscal de que disponen, no podrían acabar una sola de ellas. ¡Majestuosa y consoladora victoria de la humildad y la fe sobre el orgullo incrédulo! Victoria tal, que aun en aquellos tiempos pasmaba á las almas sencillas, y arrancaba á un monje esta exclamacion de noble sorpresa: «¿Cómo en tan humildes corazones se alberga tan potente genio <sup>1</sup>?»

No podia la escultura quedarse en zaga de la arquitectura, y por eso desde entonces principia á producir hermosos frutos. Salen entonces de la piedra esas bellas filas de Santos y de Ángeles que pueblan las fachadas de las catedrales <sup>2</sup>: de entonces datan esos sepulcros en que parecen dormidos con el sueño de los justos el esposo junto á la esposa entrelazadas á veces las manos en muerte como lo estuvieran en vi-

<sup>1</sup> Et mirum in tam humili corde potuisse inesse tam magnum animum. (*Vita Hugonis abb.* ap. Digby, mores catholici).

<sup>2</sup> Warton, *Essay on gotich. architect.*